

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

Las Flores de mi infancia

En la primavera todo se torna poético y alegre. La naturaleza despliega su galanura y singular magnificencia; y el espíritu de Dios flota sobre el ambiente.

La bóveda celeste se despoja del manto negro y triste del invierno, y se cubre del azul purísimo; los aires se serenán y la atmósfera adquiere agradable pureza y transparencia; los mares se calman y corren con especial encanto los límpios arroyuelos, cuyas cristalinas aguas proyectan la claridad deslumbradora de los rayos del sol; la tierra se tapiza de menudo césped, figurando una alfombra de terciopelo verde, y los prados y jardines se esmaltan de mil variedad de flores; corren con delicada suavidad y dulzura las brisas y los céfiros, y llénase de deliciosos aromas el ambiente; los árboles se coronan de verdes frutos, y columpíanse con gracia majestuosa los bosques y alamedas empujados por la suave brisa, entre cuyas enramadas colocan sus nidos y mécese juguetones los pintados pajarillos; crece la vegetación de una manera asombrosa por la exuberancia de la vivificadora savia, y vístese, en fin, toda la creación con sus más ricos atavíos para dar inequívocas muestras de su belleza en los rientes días de primavera.

Yo nunca fuí poeta, ni pretendí serlo; pero sin embargo, sabía sentir y vivir la poesía de la risueña primavera.

¡Con qué avidez y arrobamiento contemplaba estas poéticas mañanas! La aurora deja aparecer en el horizonte su dorada cabellera, cuando aún alguna rezagada estrella emite sus últimos destellos, y brillan con singular primor las gotas del rocío en las puntas de las hiervecillas y sobre el cáliz de las flores, al ser besados dulcemente por las claridades del astro rey. ¡Y aún más gratas me eran las tardes!... El caprichoso Febo, ocultando parte de su disco, despide uno á uno sus rayos de púrpura con sonrisa melancólica, colgándolos suavemente de las ramas de los árboles; el ondulante mar con transparencias verdes al deshacerse en liviana espuma, lanza vagos rumores de sederías que se despliegan; las mieses que ya empiezan á amarillear, agitadas por el hálito fecundo de la vida y por el suave céfiro de la tarde inclínanse graciosamente sobre sus tallos bajo los lívidos destellos del sol moribundo; las flores dánse prisa á exhalar de una vez sus aromas más delicados; las aves canoras se deshacen en trinados gorjeos sobre los doseles nupciales de las arboledas; la tierra despide con calma su aliento perfumado preparándose á dormir; los seres todos, desde el insecto que se oculta en la tierra hasta el león que ruge en las selvas, desde la humilde violeta que se esconde entre las flores, hasta el sol que con su luz eclipsa á todos los demás astros, unen sus voces en armonioso ritmo para dar su efusivo adiós al día que ya no volverá. Multitud de alegres campesinos con sus herramientas al hombro regresan á sus hogares, después de haber ganado con el sudor de su frente el pan para su mujer é hijos; y por los senderos de la montaña, descienden rapaces y rapazas detrás de sus ganados, cantando el antiguo romance: «La Virgen de Covadonga», que más de una vez ha resonado en los florecientes valles asturianos. En ésto, allá á lo lejos, en el fondo del valle, déjase oír el

alegre eco de la campana, los zagales se detienen, y todos exclaman: «las Flores, tocan á las Flores», y alargando su paso bajan apresuradamente á la aldea para ir á las Flores y ofrecer á la Madre de Dios, el ramillete de flores que han recogido durante el día, mientras pastaba el ganado.

Yo también iba á las flores y ofrecía ricos ramilletes á la Reina de los cielos; mi cariñosa madre, cuando aún era muy niño, me tomaba de la mano y me llevaba á la Iglesia, ¡yo iba rebosando de contento; y allí, en hermoso camarín, entre arreboles de luces y flores se veía la graciosa imágen de María, de la criatura más bella que ha salido de las manos de Dios, de la Virgen pura y delicada, en cuyo rostro resplandece el delicado carmín de la rosa, la deleitable blancura de la azucena, la encantadora hermosura del jazmín, la inimitable belleza del alelí, con el suave colorido del clavel, de la Reina de las flores tanto de las que pertenecen al orden moral, como las que embellecen con sus colores al mundo físico. Bajo las bóvedas del sagrado templo, pronto se dejaba oír la grave y sonora voz del venerable sacerdote, más por sus virtudes que por sus años, á la que un coro de niñas acompañaban con sus angelicales voces:

Venid y vamos todos
con flores á porfía,
con flores á María,
que Madre nuestra es.

Contestaba todo el pueblo; ancianos y niños, mozos y doncellas repetíamos al unísono esta sabida estrofa; de cada pecho brotaba una nota y de cada corazón una llama de amor hacia la Virgen; y es que, con estos días de la maga primavera, todos los enamorados de María le ofrecen flores y preces, flores de los jardines y preces del corazón, cálidas como epitalamios.

FR. M. CORDERO, O. P.



LAS FLORES

No son sólo hermosas y alegres, símbolos de la primavera y dulces esperanzas de los deseados frutos; son también, si tú, lector amable, me permites la imagen, religiosos incensarios de la naturaleza, que ofrece al Criador las suaves y exquisitas fragancias emanadas de los purpúreos, blancos ó dorados capullos. Son ofrendas misteriosas, bañadas en luz y colores, colmadas de sutilísimos aromas, que en alas de los céfiros suben de la tierra al cielo. Quiero decir con esto que son las flores objetos naturales de carácter profundamente religioso y místico, algo así como lo son los templos con sus cúpulas gigantes, con sus naves espaciosas, con sus hornacinas y santos, con la ténue claridad de sus recintos, henchidos de sagrado pavor y elocuente silencio, de mudas plegarias y fervorosos suspiros.

Y no te extrañes, lector, si con este parecer mío contradigo al común pensar de las gentes, que sólo ven en las flores placeres y alegrías sensibles, plétora y rejuvenecimiento de vida material, invitaciones á gozar de las delicias bajas y deleznable de este suelo. Es que cada uno juzga del mundo y de sus cosas según sus propios sentimientos. Almas hay tan metalizadas, tan adheridas y asemejadas á los cuerpos en que moran, que aún los seres más vaporosos y los más sutiles y espirituales encantos reducen ellas á vil materia. Otras, por el contrario, gozan de espiritualidad tan subida que acrisolan y dignifican lo mismo que es despreciable, teniendo así en su íntima esencia un talismán prodigioso que trasforma las naturalezas más groseras en albores de espíritu, en suprasensibles bellezas. De donde resulta que son los juicios y pensamientos de los hombres el fiel espejo

en que se dibuja la nobleza ó pequeñez de sus almas así como la elevación de sus miras ó la bajeza de sus sentimientos. Esto supuesto, nada tiene de extraño que, mientras las almas viciosas ven en las flores el reflejo de sus torpes deseos, vean las religiosas efluvios maravillosos de la hermosura divina, visos del eterno Esplendor, ondas de su luz quebrándose en mil variados colores al chocar contra las tersas hojuelas de las corolas. Cada cual encuentra en las flores lo que tiene en el corazón.

A mí se me antoja que semejantes almas religiosas sienten la verdad cuando piensan así, y también creo que yerran, engañadas por sus pasiones, las que piensan de otra manera. Fácil me sería, si quisiera echármelas de erudito, acudir á la historia para probar mi aserto, y acotar en pró de mi opinión no pocos testimonios de antiguos anales, que cuentan los usos y costumbres religiosas de los pueblos. Aquí veríamos cómo las flores formaban parte de su culto, sirviéndolos de preciosa ofrenda para aplacar á la Divinidad; y también pudiéramos notar cómo, en su extravío lamentable, habían ideado un dios que presidía los jardines y las praderas floridas. Mas no necesito recurrir á este argumento. Que no espero en este asunto convencer á nadie con sutilezas lógicas ó con históricas pruebas y quintaesenciados discursos. Quien sienta como yo dará gustoso su asenso á lo que digo.

Parece, pues, completamente cierto que tienen las flores una significación ó sentido religioso muy profundo, un estrecho parentesco con las cosas que el alma pura dedica á Dios, movida por un impulso espontáneo. Y este carácter es propio en primer término á toda clase de belleza. Es ella una emanación delicadísima del Ser divino, un trasunto débil y pálido de las perfecciones de la Esencia increada, la cual contiene como resumidas y compendiadas en una simplicidad infinita todas las cualidades que, armonizadas en las criaturas, constituyen la hermosura. Por este motivo seducen las cosas bellas. Vislumbra el alma en la suavidad de sus matices ó en lo ideal de sus contornos y perfiles un rostro misterioso del divino é inefable esplendor de Dios. ¿Por qué, si no, nos arrebatara la inspiración del poeta en sus

cánticos sublimes ó el genio de cualquier otro artista en los portentos de su creación? Es que un destello del poder divino brilla de un modo particular en esas almas privilegiadas; es que en ellas late algo de la virtud creadora de Dios. Que eso significa *poeta, creador*. Pues si esto sucede con las bellezas artificiales, con los productos, siempre pobres y descoloridos por subida que nos parezca su idealidad, del arte humano, que es con frecuencia un adulterado reflejo de su tipo increado ¿qué no sucederá con las bellezas naturales en que sólo se vé la virtud de Dios no en su sér íntimo, pero sí en una participación auténtica, pura é inmaculada? Porque eso son las flores, efectos de Dios mediante la naturaleza. Y así en los variados tonos de sus pétalos sonrientes y en el polvo de oro de sus finísimos estambres y en el orden y armonía de sus infinitos elementos, debemos ver un rayo de la Hermosura divina que, difundiéndose por la naturaleza cual ola etérea, invisible, reaparece luminoso y esplendente, concentrado en la corona de un frágil tallo. Y aunque todos los otros seres sean igualmente efectos de la Divinidad, sin embargo no todos revelan del mismo modo sus perfecciones y encantos. Los unos reflejan su majestad y grandeza, otros, su poderío, su ciencia ó cualquier otro divino atributo. Las flores manifiestan ante todo su belleza increada. Y como este atributo es uno de los que más atraen y enamoran á las almas, sucede que cuando éstas sienten latir en sus misteriosas profundidades las ansias de lo divino, lo que alguien llamó el *tormento* de lo infinito, miran extasiadas á los campos y árboles floridos y pidenles cuentas de su Amado, el cual es más hermoso que los lirios de los valles. Entonces es cuando el alma exclama con la Esposa de los Cantares: «Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que si halláis á mi Amado, le digáis que languidezco de amor. Y si me preguntáis quien es mi Amado, ¡ah! sabed que es blanco y rubicundo, elegido entre millares. Brilla su cabeza como el oro más preciado; es su barba como hermosísima hoja de palma, sus ojos como de paloma posada junto á la corriente de las aguas, sus mejillas como una era llena de aromas y sus labios como lilas que destilan mirra riquísima; son sus manos engalanadas con oro y jacintos y todo su cuerpo como de márfil y

mármol. Tal es mi Amado: hermoso como cedro del Líbano, suavísimo y mil veces deseable. ¡Oh! sostenedme con flores, porque languidezco de amor. La mano izquierda de mi Amado sostiene mi cabeza, y su diestra me abraza. Mi Amado para mí y yo para mi Amado».

Tales son los suspiros, los tiernos lamentos con que un alma verdaderamente religiosa y llena del espíritu de Dios invoca á Jesús—que es la verdadera flor de los campos, el hermosísimo lírio de los valles, el rozagante cedro del Líbano, el aromático manzario, cargado de doradas pomas.

Es posible que muchas almas aún religiosas y espirituales, no tengan estos sentimientos al contemplar las flores; pero es seguro que esos tales todavía no han llegado en las vías del espíritu á ese sublime estado en que todas las cosas se ven con ojos sobrenaturales; están aún muy lejos de la santidad, puesto que los santos eso experimentaban á vista de las bellezas con que se adornan los campos en esta encantadora estación. Esforcémonos por imitarlos; y ya que no por espontáneo y sobrenatural instinto, al menos movidos por una voluntad purificada por la gracia, alabemos la hermosura de Dios reflejada en las flores que esmaltan los campos y engalanan los árboles con los más ricos y variados colores.

P. GRAÍN.





CHASCO DE UN FILÓSOFO

Los ateos en su manía de negar la existencia de Dios, incurren á veces en equivocaciones tan ridículas que inspiran compasión á cualquier hombre serio. No se contentan con ser ellos unos desgraciados, sino que procuran por todos los medios adquirirse prosélitos, aunque con la fe les arranquen la única esperanza de felicidad que hay sobre la tierra. Y para conseguirlo se torturan el cerebro hombres de privilegiado talento, y acuden á toda clase de sofismas, y falsifican los descubrimientos científicos y hablan en nombre de la ciencia, con una despreocupación asombrosa, contra todo lo divino y lo humano.

No les creáis, lectores, si por acaso tenéis algún día la desgracia de oír los disparates de alguno de esos desdichados: es que no están seguros de lo que ellos llaman *sus convicciones*; tienen miedo de ir solos y por eso buscan discípulos de sus falsas doctrinas.

A fines del siglo xviii estuvo muy en uso el ateísmo, gracias á las groseras burlas con que los enciclopedistas franceses procuraron ridiculizar los misterios de la Religión Católica. Para que se vea hasta donde llegó su empeño en desterrar de la sociedad la idea de Dios, vamos á referir un caso histórico que ocurrió al filósofo Sintennis.

Era Sintennis uno de los más audaces entre aquella falange de filósofos impíos que extendió por Francia y por toda Europa las doctrinas del Enciclopedismo. Quiso este filósofo probar con un ejemplo práctico que la idea de Dios no era natural al hombre, sino un resultado de la falsa educación que hasta entonces había recibido la sociedad. Voy yo, se dijo, á educar por mí mismo á un niño desde sus primeros años; le tendré alejado de la comunicación con las personas

que pudieran hablarle de religión; ningún conocimiento le inculcaré sobre esta materia y, si logro que llegue á la juventud sin alcanzar por sí mismo idea alguna de Dios, del alma, ni de la otra vida, demostraré lo que hasta el presente nadie ha podido: que Dios no existe y que su creencia no tiene otro fundamento que las fábulas propaladas por los curas.

Y como lo pensó lo hizo. Buscó un niño recién salido de la lactancia, á quien no hubiesen enseñado palabra de religión y por cierto no tardó en hallar lo que buscaba. Unos padres desnaturalizados le cedieron por poco dinero un hermoso niño que aún tenía, como suele decirse, la leche en los labios, pero tan listo, y al mismo tiempo tan limpio de toda educación religiosa, que el filósofo quedó satisfecho y sin pérdida de tiempo se lo llevó á una quinta solitaria, con el fin de darle una educación completamente atea. Allí le tuvo aislado de todas las personas que pudieran hablarle de Dios y puso especial cuidado en alejar de su presencia toda clase de objetos, así libros como estátuas, pinturas y grabados que pudieran despertar en su alma sentimientos superiores á la materia. Él mismo se constituyó por su maestro; él era el que á su manera le interpretaba la Naturaleza y las maravillas que en sus ámbitos encierra; él le explicaba conforme á su filosofía racionalista, el origen de las cosas, la multiplicación de los animales y de las plantas, el cambio de las estaciones, la aparición de los astros y hasta la naturaleza, los sentimientos, afectos é ideas del hombre.

Así pasaron los años, y el niño se hizo jóven y el filósofo cada vez más encantado del natural despejo de su discípulo que aprendía sin dificultad cuanto su maestro le enseñaba, no cabía en sí de satisfacción, lisonjeándose ya con el triunfo que había de obtener el día en que presentase á la Academia de París un jóven de talento, culto y estudioso que ni soñado había en su vida que hubiese Dios en el Universo.

Era una mañana de primavera, cuando la Naturaleza despierta pletórica y riante, cuando las aves con sus arpadas lenguas saludan á la Aurora, cuando los árboles se visten de hojas y flores, cuando el sol asoma entre arreboles de oro y grana por las rosadas puertas de Oriente, cuando todos los

seres despiertan á la vida y entonan alabanzas al Hacedor Supremo. Muy de madrugada el filósofo Sintennis discurría solitario por el bosque de su quinta, cuando vió salir apresurado á su jóven discípulo en dirección al bosque.—¿Adónde, dijo, irá esa ardilla á estas horas? ¿Qué le habrá movido á dejar hoy la cama tan temprano?—Y deseoso de saberlo, se ocultó para observarle entre unos arbustos. Desde su escondite le vió encaminarse á un montículo desde donde se veía al hermoso Febo que suavemente se alzaba majestuoso y espléndido sobre el lejano horizonte, derramando sobre la tierra cascadas de luz, de pompa y de alegría. Allí estuvo largo rato contemplando embelesado ora al Sol que bañaba su rostro de suaves esplendores, ora los árboles entre cuyas ramas gorjeaban los pintados pajarillos, ya las verdes praderas de flores esmaltadas, ya las fuentes y los limpios arroyuelos que en torno suyo dulcemente murmuraban, al desgranar entre las guijas las brillantes perlas de sus linfas transparentes. Luego, como cediendo á un impulso interno, sobrenatural, el jóven cayó de rodillas, juntó sus manos sobre el pecho, y arrebatado por religioso entusiasmo saludó al Astro del día con esta plegaria:

—¡Oh Sol!, cuán hermoso y qué brillante y espléndido te hizo el Creador! ¿Conoces tú acaso al que es principio de todas las cosas? Si por ventura tienes la dicha de verle, dile que yo le quiero mucho y que deseo con toda mi alma gozar de su dulce presencia. ¿No es verdad que es muy hermoso el Supremo Hacedor que á tí te hizo tan bello? Cuando le veas, salúdale en mi nombre y estampa en su divina frente este beso que le envío.—Y así diciendo, llevóse á los labios los dedos de su diestra y envió al Sol un ardiente beso.

El filósofo Sintennis no pudo resistir ya á la emoción que esta escena le producía; sintió que por todo su cuerpo circulaba una corriente de simpatía y de amor hacia el jóven; recordó con amor las verdades de la Religión que su cristiana madre le había enseñado en los bellos años de su infancia; un torrente de lágrimas afluyó á sus ojos, y corriendo, tembándole las rodillas, fué á abrazar á su discípulo.

¿Quién te ha dicho, exclamó luego que la emoción le permitió hablar, que hubiese en el mundo un Creador?

¿Qué quién me lo ha dicho? contestó el jóven con entusiasmo; ese Sol tan hermoso que V. no ha podido colocar en el cielo; esos árboles y esas flores que crecen sin que V. los haya plantado; esos pajaritos que dulcemente cantan sin que de V. lo hayan aprendido; esos arroyos y esas fuentes que brotan de las peñas sin que V. haya hecho los depósitos de que se abastecen.

Sintennis abrazó de nuevo á su jóven discípulo, estampó en su frente un sonoro beso y luego, mirando hacia París exclamó con indignación:

—¡Ah impíos filósofos, vosotros sois los corruptores de Francia! ¡Oh! patria mía, qué de males y desgracias te preparan esos mezquinos incrédulos que orgullosamente blasonan de regenerarte con su ciencia atea! ¡Oh! Dios misericordioso, perdona nuestros errores y apiádate de nuestra querida Francia!.....

FR. J. PRIETO.





A LA PEÑA DE FRANCIA

Viene el tiempo apacible, el tiempo del movimiento y de los viajes. Todo nos convida á mayor actividad y á salir algo del camino ordinario y trillado.

También en la devoción á la Virgen tenemos que hacer algo extraordinario, algo que haga resaltar al exterior el amor que nuestro pecho abriga. Durante los meses invernales veneramos á nuestra Reina en el santuario de nuestro corazón, en el altarcico de nuestra alcoba, en la iglesia vecina á nuestra casa. Llega el tiempo de mayores sacrificios, es necesario ir á visitar á la Virgen en los santuarios de los altos riscos, en las ermitas de los profundos valles, en las capillas de los solitarios bosques. La Virgen tiene tronos aquí y allí esparcidos, en todos reparte muchas gracias, en todos recibe con gusto á sus devotos. El trono más augusto, más sublime, más cercano al que ocupa en el cielo, le tiene María en la Peña de Francia. Los que en este invierno dirigimos nuestras miradas al grandioso risco donde puso su nido la Paloma sin mancha, los que desde nuestro corazón le enviamos saludos y cariñosos recuerdos, debemos ahora ir á postrarnos ante su trono, darle testimonio más claro de nuestro amor, mostrarle más rendidos nuestro agradecimiento.

Ella no nos olvidó mientras blancos cendales de nieve ocultaron su trono; nosotros tampoco. Pero la tuvimos sola; la lámpara del santuario se consumió por nosotros y representó las oraciones y votos de los que estábamos lejos. Ahora cambia todo; desaparece la nieve y cesa el vendabal; los devotos de la Virgen de la Peña de Francia deben sacudir la pereza y aprestarse á visitar á la Reina de la Sierra. Que cueste algún sacrificio, que nos impone alguna molestia; tan-

to mejor; ¡qué amor sería el nuestro si no entendiera el sacrificio!

Las peregrinaciones deben ser actos, actos de amor, ejercicio de penitencia. Como tales los quiere la Virgen, como tales los aprueba y recomienda la Iglesia. Si la Virgen se apareció en muchos lugares, si mostró su voluntad de ver reunidos allí los fieles cristianos, si hasta para más atraernos, hace en esos santuarios especial alarde de su poder, todo es para hacernos más fervorosos, más penitentes, más cristianos. Siempre que la Virgen quiso distinguir algún lugar con su presencia y poder, indicó bien que era principalmente para establecer allí un centro de oración, de piedad, de penitencia.

Devotos de la Virgen, levantad una vez más vuestros ojos al Santo Risco, pensad que está allí en su trono la Madre de Dios; os espera, os llama, os quiere ver allí reunidos como hijos en torno de su madre. ¿La amáis? ¿Pues no defraudéis sus deseos? ¿Tuvísteis gusto en acordaros de ella y en pensar que desde allí os protege y consuela? Mayor le tendréis ahora en verla de cerca, mayor confianza os dará el besarle su manto. Un pequeño sacrificio y sentiréis la gran satisfacción de ver á nuestra Madre.

Comienza la era de las peregrinaciones y romerías.

El 27 de Mayo, lunes de Pentecostés, se celebra la fiesta que recuerda la aparición de tan piadosa Madre al santo ermitaño Simón Vela. Acudid aquel día, acudid después cuando queráis; ya la Virgen no está sólo, ya tiene allí sus capellanes; ya no será únicamente la lámpara quien arda en honra de la Reina del cielo; corazones generosos, pechos amantes ofrecerán á María oraciones y obsequios de más subido precio. La Virgen no escogió el Risco por el Risco, sino por nosotros; quiere que vayamos allí para colmarnos de gracias.

La devoción á la Virgen despierta en todas partes; los pueblos establecen turnos para visitar sus Santuarios. Lourdes, el Pilar, Guadalupe... siempre tienen quien ore ante la imagen bendita de María Santísima ¿vamos á ser nosotros los únicos que permanezcan fríos? ¿Van á ser los cofrades de Nuestra Señora de la Peña de Francia una excepción do-

lorosa en ese concierto universal de amor y alabanza á la Virgen Inmaculada? No; mil veces no; de sobra tenemos probado nuestro amor á la Morenita de la Sierra; de sobra sabemos ser agradecidos á la que tantos bienes nos proporciona. Nuestros padres fueron todos á postrarse en aquel Risco bendito; nosotros no hemos de ser menos ni hemos de dejar á nuestros sucesores el encargo de que sean fieles y leales servidores de la Virgen de la Peña. La devoción, la hidalguía, el agradecimiento, nuestra propia conveniencia nos obligan á ello.

Cofrades de la Virgen de Francia; en aquella grandiosa montaña hay un Santuario levantado con vuestro amor y con vuestras limosnas; hay una casa que es de la Virgen y de todos sus hijos; id á ver vuestra casa, id á ver el Santuario de vuestra Madre; allí os dirá muchas cosas; allí os dará muchas gracias. Es preciso que el Santuario cada día esté más atendido; es necesario que la Virgen, nuestra Madre, os vea allí más á menudo; es indispensable restablecer los turnos de peregrinaciones á nuestra Señora de la Peña de Francia. Que todos ardáis en estos deseos y que sea este año de 1912 el que vea resurgir tan loable costumbre. Todos los Santuarios de María prosperan; no sea menos el vuestro.

FR. E. COLUNGA, O. P.





MISCELANEA

Los dos hombres que llevamos dentro.—En los Estados Unidos, en una de las comarcas rayanas con el territorio indio, donde los Pielas Rojas fraternizan con los colonos y rancheros blancos, un indio viejo pidió á uno de los últimos un poco de tabaco para su pipa. El ranchero le dió un buen puñado que sacó del que llevaba suelto en el bolsillo.

Al día siguiente buscaba el indio al hombre blanco, para devolverle una moneda de plata que encontró mezclada con el tabaco.

—¿Por qué no te quedas con ella?—le dijo uno.

—Tengo aquí dentro un hombre bueno y un hombre malo—contestó el indio golpeándose el pecho—El hombre bueno me dice: «Devuélvela, que no es tuya». El hombre malo me dice: «No importa, la has encontrado y es para tí». —«No, no—me grita el hombre bueno—no debes guardarla». Así no sé qué hacer. Me echo á dormir; pero el hombre bueno y el hombre malo se ponen á disputar y no me dejan coger el sueño. Ahora voy á devolver el dinero y quedaré tranquilo.

Como el viejo indio todos llevamos dentro un hombre malo y un hombre bueno. El malo se llama *Tentación* y el bueno *Conciencia* y ambos nos hablan continuamente para inducirnos á hacer ó dejar de hacer muchas cosas.

Entre baturros.—Dos matracos de los que abundan en Zaragoza se pararon ante un establecimiento que por las trazas había sufrido un embargo, pues toda su anaquelaría estaba completamente desprovista de artículos.

—¿Sabes, dice uno, que sería güeno entrar á comprar ahí alguna cosa?

—¿Y qué vas á comprar? ¿aire?

—Amos adentro y mataremos un ratico.

Por fin se deciden y preguntan:

—¿Qué se vende aquí, tío güeno?

El comerciante muy incomodado les contesta:

—¡Aquí se venden cabezas de burro!

—Ridiez, dice uno de los baturros, qué despacho tan grande ha tenido que ya no queda denguna.

—Mentira, dice el otro, aun queda una.

—¿Cuala, maño?

—La del amo.

Curiosidades.—El número siete es un multiplicador que determina con bastante exactitud las épocas más importantes de la vida de un hombre. Así: 1 por 7 es 7. A los siete años concluye el período de la infancia y de la primera dentición.

2 por 7 son 14. A los catorce años empieza la época de la pubertad en los hombres y en las mujeres la de ser propiamente dignas de este nombre.

3 por 7 son 21. A los veintiún años empieza á crecer la barba; es la época nubíl.

4 por 7 son 28. A los veintiocho años termina el crecimiento general en los hombres y en las mujeres.

5 por 7 son 35. A los treinta y cinco años la naturaleza ha llegado á su más alto grado de vigor y empieza la edad media de la vida.

6 por 7 son 42. A los cuarenta y dos años empieza la naturaleza á decaer.

7 por 7 son 49. A los cuarenta y nueve años se notan los síntomas de debilidad y las mujeres pierden la facultad de ser madres.

8 por 7 son 56. A los cincuenta y seis ya se ha declarado la vejez, los cabellos encanecen y caen enteramente.

9 por 7 son 63. A los sesenta y tres años, en que concluyen nueve setenarios, hay que temer los mayores peligros. Muy pocos son los que llegan á multiplicar una vez más el número *siete*.

Receta útil.—Para curar la coriza ó resfriado de cabeza, tan común al empezar los calores, se exprime un trozo de limón muy maduro en el hueco de la mano y se hace lo posible para que una parte de ese jugo sea absorbido por las narices.

Cuando la coriza es poco intensa, bastan dos ó tres absorciones para curarlo: de lo contrario, se repite la operación hasta encontrar alivio. El ácido cítrico que tiene el jugo de limón es un poderoso antiséptico y no solo cura los resfriados de la cabeza y garganta, sino también la angina. En los países húmedos, una limonada templada al acostarse preserva de los males de garganta y modifica las afecciones catarrales.

También se recomienda el agua de colonia. Se tuerce la punta de un pañuelo de bolsillo y humedeciéndola en dicha agua, se introduce en la nariz, dando vueltas para que llegue á la membrana que tapiza al interior de las fosas nasales, cuidando de aspirar al mismo tiempo, para que el resultado sea más seguro.

Los malos periódicos.—Una madre que notaba el cambio efectuado en su hijo aún adolescente, y cuya causa sospechaba, sorprendióle escondido en un cajón de la cómoda el periódico que recibía su marido, por lo cual le reprendió.

Enterado el padre, empezó también á reprenderlo.

—¡Valiente crimen! replicó el hijo en tono despreciativo. Eso es lo que me decía el cura; pero después me he instruído en tu periódico, que asegura que todo eso son pamplinas.

Esto bastó para que el padre dejase desde entonces la suscripción al periódico. ¿Pero, cómo conseguirá devolver á su hijo la fe y la virtud que su lectura le había arrebatado?

Lección de un Santo.—Un día estaba S. Felipe Neri en la iglesia de su Oratorio de Roma, dando gracias después de haber celebrado, cuando notó que un caballero que acababa de comulgar se salía del templo sin detenerse. Entonces el Santo llamó á dos acólitos y les dijo: «Acompañad á ese hombre con dos cirios encendidos». Sorprendido el caballero por esta novedad, miró á S. Felipe como preguntándole la razón de aquella ceremonia. Este contestó: «Es porque lleváis en vuestro pecho á Jesús Sacramentado y, cuando el Santísimo sale por las calles, debe ser acompañado con velas encendidas».

Entendió la lección el caballero y volviendo á entrar en

la iglesia se detuvo algún tiempo en dar gracias al Señor á quien acababa de hospedar en su pecho.

¡Cuántos cristianos pueden aplicarse esta lección por su descortesía para con Jesus Sacramentado!

Vuelve por otra.—Pasaba en cierta ocasión un religioso dominico por un puente de hierro que acababa de inaugurarse y con tal motivo estaba lleno de gente de todas castas. Un anticlerical, queriendo hacer el gracioso y pensando que iba á intimidar al fraile, empezó á decirle entre risotadas y palabrotas sucias: «¡Ah, fraile bribón, á buen tiempo vienes; ahora mismo te hemos de echar al río, si no vuelves para atrás.»

—Sí, contestó con calma el religioso, á mí quizá me tiren al río, pero á tí no hay miedo que te tire nadie.

—Y por qué—contestó enseguida el insultador.

—Porque ensuciarías toda el agua.

Los presentes rieron esta salida y no faltó quien dijo con sorna al descortés anticlerical: «¡Anda, vuelve por otra!»

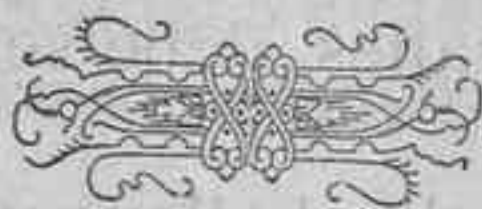
Sinceridad del ateísmo—Estaba un día el impío Voltaire platicando en su casa con otros cuantos amigos enciclopedista tan ateos como él. Al poco rato cayó la conversación sobre materias religiosas y empezaron á decir disparates sin tino contra la Religión y uno de ellos exclamó con arrogancia: «No me explico que haya en estos tiempos de cultura gentes tan imbéciles que todavía crean en la existencia de Dios.»

Entonces Voltaire le atajó diciendo:

—Aguarda un momento que se retiren mis criados.

—¿Y qué más da que lo oígan? ¿Acaso tú te has vuelto cristiano?

—No, contestó Voltaire, pero tampoco quiero exponer me al peligro de que mis domésticos me asesinen ó me roben esta noche.





SECCIÓN DE NOTICIAS

El Papa—un caso maravilloso.—Lo ha traído el *Universo* del 12 de Abril; y es el siguiente: En el monasterio de Carmelitas de San Remo se encontraba en calidad de postulante hace un año una joven alemana. Tres meses antes de tomar el hábito religioso se quedó sorda. El doctor Bubone, especialista, consultado por la joven, la declaró incurable por tener el tímpano perforado. Viéndose en la imposibilidad de ser admitida en religión la joven, á quien se permitió permanecer aún algunos días en el monasterio, después de hacer varias novenas pidiendo al cielo su curación, no habiendo conseguido nada, tuvo que volver á su casa con un certificado del doctor Bubone, que la declaraba incurable.

Un día, después de comulgar siente una voz interior que la dice «Ve á presentarte al Papa: Él te curará». La joven corrió á manifestar esto á la Madre Priora del Convento, la cual no le dió más que esta contestación: «No te basta aún haber quedado sorda; acabarás por volverte loca». A pesar de todo la joven persistió en su afirmación, y fué preciso acceder á sus reiteradas súplicas, y el 9 de Enero pasado salió para Roma. El 12 del mismo mes fué recibida en audiencia por el Papa, puesto de antemano al corriente de aquella visita por M. Bressán, su secretario particular, y á quien había escrito la Madre Priora.

Llegada á presencia del Papa la joven se arrojó á sus piés diciendo: «Santísimo Padre, estoy firmemente persuadida de que V. S. puede curarme. Quiero ser carmelita y no puedo á causa de la enfermedad». El Santo Padre hácela repetir tres veces el acto de fe, y luego cogiéndole la cabeza entre las manos la dice: «Hija mía, hágase según vuestra fe; id y sed una buena y santa carmelita», y la joven se levantó oyendo perfectamente.

El 8 de Febrero recibía el hábito, enviándola el Papa el siguiente despacho. «Muy amada hija: Una copiosa bendición para vos, para la Madre Priora, para la Comunidad y para cuantos asistan á la

toma de hábito. En adelante os llamaréis Sor María Pía del Buen Pastor».

Hé aquí, decimos nosotros, lo que produce una fe viva. Y dirán muchos blasfemos que eso de creer en Dios no vale para nada.

Salmantina ilustre.—El 27 de Febrero de éste año aprobó Su Santidad Pío X el Decreto de beatificación y de canonización de la V. Sierva de Dios Angela M.^a de la Concepción. Nació esta Sierva de Dios el 1 de Marzo de 1649 en la villa de Cantalapiedra (Salamanca). A los trece años hizo voto de castidad y de religión y no mucho después entró monja en el monasterio de la Santísima Trinidad de Medina del Campo (Valladolid). Tal era el temple de alma de Sor Angela, que emprendió la gran obra de reformar las monjas de la Santísima Trinidad según la prístina observancia, obra que llevó á cabo, con la aprobación del entonces Papa Inocencio XI. El 13 de Abril de 1690 entregaba su alma á Dios Sor Angela. Y tal ha sido la opinión de su santidad que ya se trata de ponerla en los altares, lo que Dios quiera veamos pronto. Cantalapiedra está de enhorabuena.

El hermano Tabernero.—Acaba de morir santamente, como había vivido. Véanse algunos rasgos de su vida. Don Fulgencio Tabernero fué un señor muy rico y senador del reino. Estuvo casado con doña Claudia. Tres hijas concedió Dios á este matrimonio, dos ingresaron en las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús y la otra casó con el Marqués de Llén.

Murieron las tres hijas, y sus ancianos padres determinaron pasar los años que les restasen de vida sirviendo á Dios en la religión. Doña Claudia tomó el hábito en las Salesas de Vitoria, y don Fulgencio ingresó como hermano en la ínclita Compañía de Jesús. El Papa León XIII cuando supo esta resolución envió un solideo blanco al hermano Tabernero, y dicen que exclamó el Papa: «Estas cosas sólo se ven en España». Doña Claudia murió también hace años ya. Congratulémonos de que estos ejemplos de virtud se vean en nuestra Patria, y, por si tuviere necesidad de ello, elevemos una oración al Señor por el eterno descanso de este tan humilde hermano Tabernero.

El centenario del P. Coll, fundador.—Las Hermanas de la Congregación de la Anunciata están preparando magníficas fiestas para conmemorar el nacimiento de su fundador, P. Coll, dominico. Tendrán lugar las solemnidades para el 18 de Mayo próximo. Se celebrará un tríduo, donde predicará el P. N. Salazar, Prior de los dominicos de Barcelona. El día principal habrá solemnísima misa

por la mañana, con asistencia del Ilmo. Sr. Obispo de Vich, lugar donde se celebran las fiestas, y por la tarde una magna Velada, á la que también ha prometido asistir el Sr. Obispo. En todo Vich nótese ya una extraordinaria animación; así que el acto ha de tener mucha resonancia. El P. Fr. Francisco Coll, tan afligido en vida por aquella serie de atropellos políticos y de adversidades humanas, que tanto hicieron padecer á los religiosos cuanto deshonoran á España, se verá hoy rodeado de miles de adoradores y devotos. Sabemos que después saldrá un volumen con la reseña de las fiestas. Desde estas columnas nos asociamos al júbilo de nuestras Hermanas de la Anunciata.

Centenario glorioso.—Se celebró en Morchena (Sevilla) en honor del P. Alvarado, *El Filósofo rancio*, el 25 de Abril. Hubo á las nueve de la mañana solemnísimá función religiosa en la iglesia de San Juan Bautista, oficiada por Reverendos Padres Dominicos, con panegírico por el doctor en Sagrada Teología y Derecho Civil y Canónico, don Fernando Torralba y García de Soria, con asistencia de varios eminentísimos Cardenales, Ecmos. Arzobispos é Ilmos. Obispos, y del ilustre Ayuntamiento con maceros. Después el Cardenal-Arzobispo de Sevilla, dió la bendición Papal concedida especialmente por Su Santidad Pío X para este acto. Terminóse con el himno al P. Alvarado, música de don A. de Gabiola y letra de don M. G. S. y Giraldo.

A las dos de la tarde tuvo lugar el acto de descubrir la lápida conmemorativa del P. Alvarado, en la casa donde nació. A las tres certamen literario en la iglesia de San Agustín, donde hablaron elocuentes oradores. Estos son los datos culminantes de las animadísimas fiestas de Marchena al ilustre dominico, P. Alvarado, que desde hoy en adelante nos quedará como arengando desde la magnífica estatua que se le ha levantado, para luchar contra todo aquello que manche el brillo de nuestra santa Religión.

El 26 de Mayo.—Se abrirá para la temporada de verano el Santuario de Peña Francia, quedando después allí los religiosos necesarios para atender al culto de la Virgen y á la devoción de los serranos que tanto la aman.

La novena de Sta. Catalina en Salamanca.—Va resultando lucidísima, debiéndose no poco á los bríos que despliegan los padres estudiantes de este Convento, que son los oradores. El día 30, festividad de la Santa, habrá por la mañana, á las seis y media misa de comunión general. A las diez, misa solemne con S. D. M. expuesto y panegírico por el R. P. Director de la Orden Tercera, Fray

Luis Guitart. Por la tarde, á las cinco, último ejercicio de la novena, procesión y bendición papal.

—También las Dominicas de Madrid (Catalinas, Mesón de Paredes 39) están celebrando una solemne novena á su Santa titular. El panegírico está á cargo de D. Rafael Sanz, beneficiado de Alcalá, y devoto terciario Dominico.

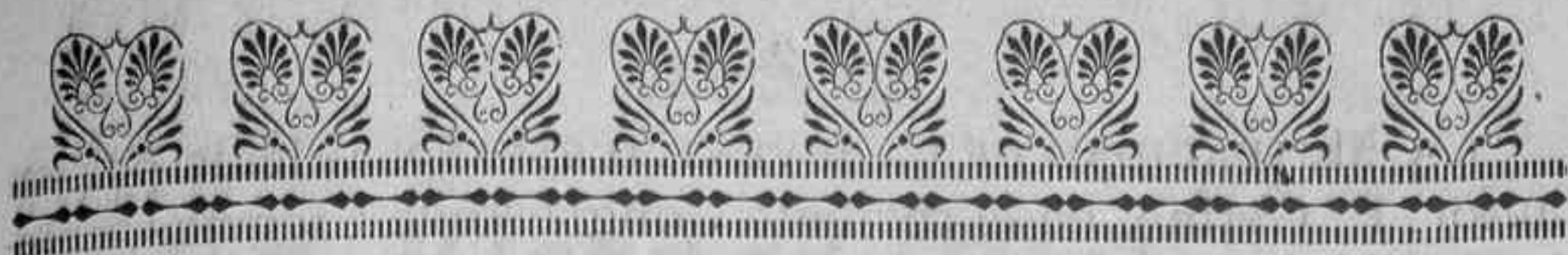
Inauguración solemne.—Tuvo lugar en Madrid el Sábado antes de Ramos, la inauguración de la Casa de los Sindicatos de obreros católicos. Como no es posible reseñar, sólo diremos que hubo telegrama del Papa, y cartas gratulatorias y de adhesión del Cardenal de Toledo y del Obispo de Madrid. Parece que ya se va imponiendo la solución católica para los problemas sociales. Los obreros así lo van comprendiendo. Nada de revoluciones contra los ricos y acaudalados, sino moral católica, trabajo, ahorro y ayuda mutua. Por aquí se pueden ir resolviendo los problemas, y no por la dinamita y las tropelías y el rencor de clases.

Fiestas en Italia.—El 8 de mayo es el primer jubileo de la coronación de Ntra Sra. del valle de Pompeya. Proyéctanse para ese día, extraordinarias fiestas religiosas, á las que asistirán varios eminentísimos Cardenales de Roma y muchos Arzobispos y Obispos.

Enhorabuena.—Se la enviamos al P. Pasqualigo, dominico, que acaba de ser nombrado por el Papa, Vice-Comisionario de la Congregación del *Santo oficio*, que es la principal de las Congregaciones Ramanas.

Nuevo Provincial.—Los Padres dominicos de la Provincia de España, reunidos en Captítulo en la capital de Asturias, eligieron para Prior Provincial, el día 27 de Abril, al M. R. P. Fr. Esteban Sacrest. Con esta son tres las veces que el M. R. P. Sacrest ha sido llamado á regentar nuestra Provincia. Enviámosle nuestra humilde felicitación y, como amantes súbditos, pedimos al cielo que dé á N. M. R. P. Provincial las gracias necesarias para desempeñar fielmente su alto cargo.





BIBLIOGRAFÍA

DIÁLOGOS CATEQUÍSTICOS, 2.^a SERIE, *sobre los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia*, por el Doctor Don Federico Santamaría, Presbítero, Secretario de la Liga Nacional de Defensa del Clero y Redactor de «Semana Parroquial». 100 páginas, 35 céntimos ejemplar. En casa del autor, Plaza las Peñuelas, 20, Madrid, rebaja desde 20 ejemplares.

Esta obrita es continuación de la primera serie, que mereció grandes elogios de toda la prensa. En esta serie el autor expone en 20 Diálogos los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia.

En ellos encontramos la misma meridiana claridad y la solidez que en la primera, y si cabe, ofrece mayor amabilidad.

No nos admira que redactores de revistas catequísticas extranjeras, hayan pedido al autor facultad para traducirlos á sus idiomas respectivos.

A la exposición de los Mandamientos preceden los juicios favorables de la prensa acerca de la primera serie, un prólogo del Doctoral de Madrid y cuatro palabras del autor en que leemos grandes elogios del director de la *Hojita celeste* de Sevilla, para los opúsculos del señor Santamaría.

La recitación de estos Diálogos, dará gran interés y solemnidad á los actos públicos de las Catequesis y Colegios. Nuestra enhorabuena al autor.

* * *

LA MUTUALIDAD DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA, leída por su autor, P. Getino, en el reciente Congreso de Ciencias, celebrado en Granada. Fué muy alabado este trabajo por el dicho Congreso; y ahora ha circulado ya por toda España, agotándose la edición, por el cual motivo ya está haciendo otra. Queda uno enamorado del proyecto que propone este folletito, al ver que con tres céntimos diarios que ahorra un niño desde su nacimiento, á los 50 años podrá recibir una pensión diaria de una peseta ó cinco reales; y que á los 30 años, pueda tener á su disposición unas 3.000 pesetas para emprender una industria. Recomendamos de todo corazón el folleto. Pidase. Claudio Coello, 114, Madrid.

* * *

ALMANAQUE DE LA PRENSA CATÓLICA.—Hace pocos días apareció la segunda edición de este almanaque, primero y único en su género cuya primera edición se agotó en quince días. El que ahora sale á luz es mucho más completo que el del año pasado. El *catálogo descriptivo* de publicaciones católicas incluye los nombres de 550 españolas y 183 extranjeras. Hermosos artículos é inspiradas poesías premiados unos y otras en el certámen periodístico que cada año abre ORA ET LABORA para los seminaristas españoles, avaloran el almanaque cuyas páginas suman un total de 222 con letra bien metida. El precio del Almanaque es de 50 céntimos. Los pedidos diríjanse al Administrador de ORA ET LABORA, Seminario Pontificio de Sevilla.



SALAMANCA.--Imp. Católica Salmanticense y Encuadernación.